

## *La espada que no se quebró*

Frío. Oscuridad. Silencio.

Pasos.

En el pasillo que comunicaba mi celda con el resto del palacio apareció una luz a lo lejos y la sombra de una persona. No me hacía falta enfocar la vista para saber quién era. Era el único que había venido a hablarme durante mi encarcelamiento.

— Hola, Auri. ¿Te lo has pasado bien aquí abajo?

No respondí. ¿Para qué? Estaba agotada, hambrienta y llena de sangre. No sabía qué estaba pasando en el exterior, había perdido la noción del tiempo y estaba encerrada en una celda de lo que antes había sido mi hogar. Me habían arrebatado mi reino. Él me había arrebatado mi reino.

Los primeros días sí que le respondía. Intentaba hacer comentarios fríos para que supiera cuánto me había dolido su traición y sintiera culpa, a veces incluso intentaba sonsacarle algo de información para saber cómo estaba mi pueblo. Pero cuando pasó el tiempo y vi que no funcionaba, me rendí. Ya había gastado demasiado tiempo con esa persona, con ese monstruo, pensando que le importaba y mira adónde me había llevado: a ser una reina sin trono. Bueno, más bien, una reina con un trono arrebatado y una corona rota.

— ¿Hoy tampoco me vas a responder? — insistió él. — ¿Qué hay de la Auri risueña que conocí hace unos meses y que me contó todos los secretos de este reino? Ella no paraba de hablar, ¿dónde está? ¿Acaso no existe? ¿Acaso me mentiste haciéndome creer que esa eras tú?

— ¡Ni te atrevas! Ni se te ocurra hablar de mentiras.

— ¡Anda! ¡Pero si te has decidido a hablar!

¡Oh! No me había dado cuenta de que había hablado en voz alta. La verdad es que empezaba a no ser del todo consciente de mi cuerpo. No quería contestarle, sabía que solo intentaba provocarme para que hablase y no quería entrar en su juego, pero...

— ¿En serio vienes tú a decirme que la persona que conociste al principio era una mentira? ¿Tú? Precisamente tú, Soren, eres la persona que me engañó y que me hizo creer que había una manera de amar a alguien estando en el trono sin que me usasen. Eres la persona que consiguió derribar todas las defensas que me habían enseñado a construir desde niña. Pero justamente eres también la persona que utilizó lo que vio de mí para traicionarme y hacerse con el trono.

Así que no vengas aquí a preguntarme si la Auri de hace unos meses existe porque sabes perfectamente que esa es la más real. Tú mismo te aseguraste de que lo fuera, ¿no? De lo contrario, no te hubiera servido para nada. De eso iba todo, ¿verdad? De usarme. — Solté una risa irónica y murmuré —en realidad nunca te llegué a importar.

Soren se volvió a callar. La sonrisa que traía se había desvanecido y tenía un músculo tenso en la mandíbula. Al principio de mi encierro habría pensado que era porque había recapacitado con lo que le había dicho y me iba a pedir perdón por todo lo que había hecho. Ahora sabía que no. Seguramente estaría pensando algún otro comentario que decirme para herirme o alguna forma de manipularme.

— Levanta, nos vamos.

¿Lo ves? Manipu... Espera, ¿qué?

— ¿Qué? — respondí sorprendida.

— Sí, ya lo has oído. Nos vamos fuera de aquí. Vas a salir después de tres semanas, enhorabuena.

*Tres semanas, eso es lo que llevo encerrada.* La cifra me sentó como un jarro de agua fría. Sabía que había perdido la cuenta de los días de encarcelamiento, pero no me esperaba que fuera tanto tiempo... Durante todo ese tiempo mi pueblo había sido gobernado por un ser despiadado por mi culpa.

— Así, de repente... ¿Por qué me vas a liberar?

— ¿De verdad pensabas que te había engañado? Todo era un plan para encontrar a los traidores del reino que se unirían a una revolución contra ti. Ahora que sabemos quién me hubiera sido fiel podrás gobernar sin ninguna amenaza más.

— No lo entiendo. Me encerraste y me hiciste sufrir creyendo que me habías traicionado, y tardas tres semanas en decirme la verdad, ¿por qué?

— Para que el plan funcionara tenías que creértelo tú también. Si nos hubiéramos compinchado, cualquiera podría haber sospechado.

Algo de esperanza nació dentro de mí. Si lo que me estaba diciendo era real, entonces haber dejado caer mis murallas habría merecido la pena. Si realmente todo era un plan para ayudarme, entonces él y yo podríamos...

— ¡Ja, ja, ja! Deberías verte la cara de ilusión que tienes. ¿Te has creído lo que te he dicho?  
— continuó riéndose. —Vale, perdón, es que después de haberte engañado no me esperaba pudieses caer una segunda vez... Te voy a sacar sí, pero no es para liberarte. Es para ejecutarte. ¿Se te ha olvidado lo que te dije? Que tres semanas eran lo que te quedaban de vida, igual que habían sido tres los meses que tardé en poder arrebatarte el reino.

*Cómo puedo ser tan tonta.* Se me había olvidado por completo el plazo de tres semanas que me había dado. Volví a mi silencio. Por alguna razón había vuelto a confiar en él, y me había vuelto a pasar lo mismo: me había mentado. Quería culpar al cansancio por haber picado el anzuelo de nuevo, pero una parte de mí sabía que había algo más: que, aunque lo que él me había hecho creer durante los tres meses que habíamos estado juntos no era real, lo que yo había llegado a sentir sí que lo era.

Me levanté, esperé a que vinieran los guardias para escoltarnos fuera y les seguí al patio donde se celebraban los juicios públicos. Soren siguió hablando y echándose flores, pavoneándose de lo inteligente que había sido para hacerse con el poder y regodeándose de cómo me había engañado para que le dejase entrar en mi vida y cómo acababa de jugar con mis sentimientos otra vez, justo antes de que yo muriese.

No le escuché; lo dejé hablando solo sin prestarle atención. Para ser sincera, no se la presté a nada en ese camino. Estaba asimilando cómo lo había perdido todo y cómo había fallado a mi familia, quienes me criaron para evitar precisamente esto. Estaba asimilando que iba a morir y que iba a dejar a mi pueblo en manos de un monstruo. Incluso estaba empezando a aceptar que iba a morir sin luchar antes.

Estaba tan absorta en esos pensamientos que no fui consciente del momento en el que llegaba al patio, donde todos los ciudadanos habían sido convocados para ver el fin de mi linaje. Tampoco fui consciente del momento en el que subí al cadalso o del momento en el que una espada caía justo junto a mi mano.

*Un momento.* Esa era mi espada. Levanté la vista y vi a uno de mis guardias infiltrado entre la multitud. *Ha sobrevivido.* Si él había sobrevivido, muchos otros soldados lo habrían hecho y si él estaba aquí... *No voy a morir sin luchar* pensé.

Cogí la espada y, con la nueva esperanza que había plantado en mí la imagen de un ejército todavía vivo y leal a mí y con las últimas fuerzas que me quedaban, comencé a luchar contra los soldados que me escoltaban.

No se habían molestado en esposarme: estaba demasiado débil como para ser una amenaza. Me subestimaron. Había sido entrenada para poder luchar en la peor de las condiciones y defenderme de cualquier tipo de peligro que acechara a la casa real y, además, estaba llena de rabia por lo que me habían hecho, por cómo me habían traicionado.

Uno a uno los maté. Uno a uno me fui acercando a él. A Soren.

Él se había sentado en un pequeño trono frente al cadalso y estaba completamente indefenso y sorprendido: sus guardias estaban ahora luchando contra los soldados que todavía me guardaban lealtad y que habían venido aquí en un último ataque para intentar salvarme.

Cuando llegué a estar frente a Soren me dolía todo el cuerpo, pero me dolía más mi corazón al verle y recordar momentos en los que le veía sonreír. Lo había querido de verdad.

Le había contado todos mis secretos y deseos, y él solo me había usado para obtener información.

Así que mientras estaba ahí, cara a cara con él, unas palabras salieron de mí inconscientemente.

— Realmente te llegué a querer, ¿sabes? Pero parece que eso nunca te llegó a importar. —  
Algo en sus ojos pareció cambiar ante esas palabras, pero decidí ignorarlo. No iba a volver a jugar con mis sentimientos como había hecho minutos antes. No cuando el futuro de mi reino dependía de ello.

Arremetí contra él y en una fracción de segundo él sacó su espada. Nuestras armas chocaron con tanta fuerza que, si hubiera sido posible, habrían salido chispas. Continuamos peleando, cada golpe más fuerte que el anterior. Mi ira solo aumentaba, y con ella, la precisión de mis ataques, dirigidos a las juntas de su armadura.

Primero le hice un corte en la cara, luego en el brazo, luego en la pierna. Poco a poco, se fue debilitando y cansando hasta llegar a un punto en el que casi no podía respirar, al igual que yo.

Entre jadeos, volvimos a atacar. Estábamos exhaustos y los dos sabíamos que el siguiente corte podría ser el que terminase el duelo. Atacamos los dos a la vez y nuestras espadas chocaron de tal forma que nuestras caras quedaron frente a frente, a pocos centímetros. Fue ahí cuando supe cómo tenía que acabar esta historia.

— Me rompiste el corazón — mi voz más firme de lo que había sonado en mucho tiempo— así que ahora romperé el tuyo.

Antes de que él procesase lo que le había dicho, con un rápido movimiento, dirigí mi espada justo al hueco que había en su pechera. Él me miró y el brillo en sus ojos se extinguió, convirtiéndolos en dos pozos vacíos. Sangre salió de su boca, y cayó a mis pies. Me pareció irónico, pues yo había caído a sus pies meses antes, solo que él no había usado una espada, solo palabras.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. No era capaz de saber si estaba feliz, o si estaba triste. Solo sabía que había ganado y recuperado mi reino; pero a la vez me sentía como si lo hubiera perdido todo.

Firma: Elena Valera Rubio 

Edad: 16 años

Curso: 1º Bachillerato A.